

EDITORIAL

Cuando hacemos un cuestionamiento del medio ambiente natural y humano, nos vemos abocados a una fuerte perplejidad. Y es que no es para nada fácil el ejercicio del caer en cuenta de nuestras incapacidades con respecto a las soluciones posibles. Hablo aquí tanto del calentamiento global como de la violencia en Colombia, del nuevo pos-orden mundial y de las mañas totalitarias del imperio. Podría citar también el signo predatorio del desarrollo, la contaminación, la pobreza, la injusticia, la impunidad; por no hablar de las villas de miseria, los asesinatos selectivos y nuestra persistencia. Pero no es justamente de incapacidades en lo que se basa nuestro proceso de reconocimiento. No es de no encontrar soluciones el motivo de referirnos a la resistencia ya con recelo, con vergüenza. El asunto es un poco más preocupante y dispendioso y tiene que ver con una costumbre que se nos ha instalado en las manos y que, de manera patológicamente extravagante, se refleja también en la voz: el miedo. Miedo a la escritura y a la palabra. Miedo a la gente, a las calles. Miedo a todas las muertes. Los que creemos en la importancia de hacer públicas nuestras percepciones del mundo, sabemos que miedo hay que tener, que el miedo tiene una existencia per se y que efectivamente a veces puede servir de ayuda a la sobrevivencia. No obstante, más allá del miedo, hay que postular a la palabra, empezar a hablar, a denunciar, a contar.

Leí con profunda admiración el libro *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. Este es la muestra de, al menos, dos cosas: la primera es el hecho de cómo la palabra, más allá del miedo, puede contarnos en público la indiscreta historia de Colombia, aquella que se habla en voz baja, de la que nadie osa escribir, esa que late aún en los personajes que estuvieron presentes, los que la hicieron, quienes la padecieron. La segunda no es otra que darnos cuenta de que en efecto hay personas que ya no tienen miedo, que a éste lo han convertido en la fuerza que les permite hablar de la memoria sin restricciones, hablar de asesinados con nombre y apellido, soltar entre párrafos verdades que ya no son indiscreciones. Pero, distinto a lo que yo pensaba, el miedo no se quita cuando no hay ya nada que perder, sino todo lo contrario, cuando es tal la costumbre de perder que ante la más pequeña posibilidad de ganar dejamos colgado del perchero al silencio. Y es ese el ejercicio al que nos vemos abocados. Seguramente cada colombiano, cada ciudadano del mundo, podría contar su historia y hacer de ésta el relato de la resistencia, de la apertura. De esa manera palabras como homicidio, muerte, masacre, tendrían lo que nunca han tendido: nombre, contexto, palabra y recuerdo.

Esta es pues la tarea que le encomendamos a los escritos que hacen parte de esta revista. Cada uno de ellos, y a su manera, representan las preocupaciones, hipótesis, afectos y conceptos que, ante una pregunta, cualquiera que sea, sugieren dejar instalada la palabra. Esa es precisamente la relación. La escritura es aquella composición que sabe notificar lo que el escribiente repasa, disfruta, padece, en los momentos en los que toma asiento, usurpa una posición tranquila y pone el miedo al lado de la mesa.

Natalia Agudelo Sepúlveda.

Close Window